

IFÁ, EL DESPERTAR EN EL SUEÑO

Un estudio de la Sabiduría de
Orunmila,
como tradición Shamánica

JOSE MANUEL MOSQUERA CASTELO



Colección ILE OBA FUN FUN

IFA
EL DESPERTAR EN EL SUEÑO

Un estudio sobre la sabiduría de ORUNMILA,
como tradición Shamánica

José M. Mosquera



Hablar de Orunmila, es transitar por los senderos del conocimiento y de los secretos.

Poderosas técnicas ancestrales, que se mantienen en sus poemarios, en sus rezos, y en sus tradiciones.

Hay muchos libros, magníficos, con grandes reseñas rituales, pero en este estudio quiero tratar su filosofía más primitiva, la línea mas singular, y atractiva de su historia, que tal vez sirva para indagar en sus orígenes.

José M. Mosquera

Los estados alterados de conciencia han entrado en juego particularmente en lo que concierne al método aplicado por las corrientes chamánicas y de hombres y mujeres de medicina a lo largo del período antiguo de la historia conocida.

Los anales de la Tradición Oculta llevan los orígenes de estas prácticas al punto de intersección entre el desaparecido continente atlántico y la actual configuración continental del planeta; una vez que una aciaga guerra de destrucción acabó con los emplazamientos de poder de hombres y mujeres afectados al ejercicio de la más destructiva de las formas de la magia operativa.

La consecuente decadencia que sobrevino por entonces dio lugar a un naturalismo primitivo, ante el hecho palmario de la pérdida de vida consciente en los dos mundos contiguos, el material y el astral. La reminiscencia del período atlante, en que los magos tenían una cierta continuidad de conciencia astral, inspiró los ulteriores trabajos forzados en los niveles

emocional y mental, para alcanzar a atravesar el puente vivo de comunicación, la conectividad psíquica, entre ambas esferas del mundo psicofísico y el oráculo, el poemario de IFA, pasó a ser el mensajero entre estos dos mundos, como reminiscencia, junto con las tradiciones egipcias de estos antiguos poderes espirituales.

El problema mayor es que el plano astral, tras la peripecia atlante, quedó impregnado por formas y creaciones mágicas de la peor calidad, fuertemente contaminantes y enajenantes. De allí que los medios aplicados por los magos naturales modernos o chamanes, fueran absolutamente violentos, provocando el desgarramiento de la trama etérica y una impuesta ampliación aúrica y de la conciencia adscrita a la misma, por medios peligrosos para la mente y para el orden interior, medios que nuestras actuales generaciones entenderían como violatorios de las leyes secretas de la naturaleza, leyes guardadas por los Padres de los Secretos; los Babalawos.

Ante la emergencia de los tiempos, el babalawo se convirtió en el actor o propiciador de una suerte de práctica, de instrumento de conexión entre los mundos de los vivos y los muertos, de allí la importancia que la misma tiene para este estudio.

El manifiesto interés del ser humano antiguo por escrutar la realidad invisible, se vio coronado por la intervención propicia del hombre de sabiduría, del mago y del curandero. En todos estos casos el acceso consciente a los umbrales de la realidad manifestada prodigaba a estos babalawos un carácter de soberanos de los reinos subterráneos y aéreos, comunicando con su compleja ritualística y sus máscaras y velos la naturaleza misteriosa de la dimensión allende el mundo material. El misterio que se cernía sobre la bruma de la noche embriagó a comunidades enteras y dio libre curso al surgimiento de métodos decadentes, rémoras de una era ungida por el new age, y la nueva era, y el conocimiento directo de los bordes del universo perceptible.

El mensaje de Orunmila, sirvió de refugio para hombres y mujeres dotados psíquicamente, perceptivos, sensitivos, visionarios y por un tiempo prolongado actuó como proteo o masa plástica sobre la cual la nueva humanidad emergente, tras el hundimiento de la Atlántida, hizo sus mediciones y sus pruebas y restableció los límites y las condiciones de la experiencia consciente. Naturalmente y como un hecho incontestable que ha sobrevivido hasta nuestros días, el hombre primitivo fundó su acción en la ceguera espiritual, en la ignorancia y en el desconocimiento de la propia naturaleza del ser humano. Sirvió como puente, vía de escape y canalizador de las pulsiones del alma colectiva por trascendencia y verdad.

El psiquismo colectivo, que tenía su flujo y reflujo en y desde el nivel astral, una vez cancelada dolorosamente la epopeya atlante, estaba necesitado de una fuerza catalizadora y ordenadora. Los excesos y el desenfreno sexual, la profunda insania moral de la era precedente, requerían de un medio diferente de acceso a la

realidad allende lo material. El hecho es que desde los tiempos oscuros que habían transcurrido, la dimensión contigua estaba sembrada de larvas y formas elementales de una perversión y opacidad extremadamente oscurecedora del principio mental, del discernimiento, de la luz de lo alto. En semejante estado de cosas, la irrupción del babalawo ocurrió como transición y recurso de las fuerzas de la vida para liberar el potencial reprimido y anestesiado por el cataclismo del que la humanidad tenía noticia.

La interacción del mediador, del babalawo, interpretando los patakíes, las leyendas y el poemario de IFÁ, con la esfera secreta y extremadamente contaminada, en busca de los aspectos luminosos y sanadores apresados bajo las sombras deletéreas de aquellas regiones álgidas, sirvió de puente satisfactorio, cargado de misterio y solemnidad, teatralidad y dramatismo, elementos todos que convirtieron el culto naturalista emergente en un factor central de la vida de la comunidad. La coincidencia de las voluntades personales de los miembros de la tribu

y del grupo en general, desbordó hacia la negrura imperceptible por medio del oficio y la destreza psíquica del chamán.

Salvo en algunas culturas arcaicas posteriores a esa época de transición, en general la colectividad humana, a medida que las civilizaciones volvían a servir de pasto para el materialismo y el hedonismo, siguieron un camino análogo, buscando en sus oficiantes hieráticos o sacerdotes, el servicio de babalawos, o awos Orunmila para cruzar aunque más no fuera virtualmente a la otra orilla. De esta comunidad de métodos antiguos y modernos habla este breve manual y es sobre la secuencia histórica, sobre la evolución del magno arte de Ifá que ensaya, siempre en clave misteriosa, en el afán de evocar y traer a primer plano, desde las penumbras de la mente común, los episodios generales que jalonaron episódicamente este recuento no necesariamente pormenorizado sobre una práctica trascendental de la cual todos los sabios del remoto pasado eran oficiantes y diestros conocedores.

A fin de facilitar el examen del período chamánico propiamente dicho, hemos decidido abordar el problema desde múltiples puntos de mira, puntos de mira que proponemos a continuación, sin la vana pretensión de dar por concluida la investigación, la pesquisa en torno al tema que nos convoca.

El acceso al mundo de los muertos o de las almas de los muertos entró en juego de forma central en el campo del Ifismo. Particularmente porque la edad precedente conoció en un número significativo de seres humanos una cierta continuidad de conciencia, el hecho de que ellos fueran conscientes a la vez del plano físico y del plano astral. Esta nostalgia del alma colectiva por replicar una experiencia que era de orden corriente en el pasado, en el oscuro pasado, impuso su razón y trajo como consecuencia el afloramiento de esta fase cultural y ritual de la religiosidad naturalista. De hecho en la nueva edad del experimento humano planetario se compuso la ecuación sueño/muerte y tras ello la

práctica de métodos y disciplinas para vivir conscientemente en los sueños, en la pequeña muerte, cobró un gran vigor como forma de iniciación a las tradiciones yorubas.

El despertar en el sueño, el sueño lúcido o sueño despierto, lo que actualmente conocemos como desdoblamiento astral, era un hecho relativamente conocido y practicado, particularmente en la esfera de influencia del hombre de sabiduría del clan. Presumiblemente formaba parte de un elaborado ritual por medio del cual se inhibían los poderes de la noche y se favorecía el ingreso al reino de los muertos con relativas posibilidades de acción. Es posible también que el doble astral o cuerpo astral de estos viajeros estuviera ya organizado, en gran medida organizado, como consecuencia de provenir el grupo de una edad en que esta condición era un hecho consumado. Una vez que el doble astral se encuentra organizado, el desdoblamiento o viaje se torna efectivamente viable.

Los rituales de propiciación de las fuerzas nocturnas y de apertura de los sellos que mantienen la conciencia astral dormida, fueron experiencias corrientes en poder del Babalawo. Hasta nuestros días se extiende la sombra de esta actividad ritualística y propiciatoria y es común encontrarse en Mesoamérica, en África, en la Siberia, en Mongolia, en el Bután, en unos cuantos puntos en el planeta con brujos o chamanes diestros en estas habilidades y prácticos en la dramatización y evocación de los poderes de la naturaleza de los cuales se valen para sus aventuras allende el mundo material.

A los efectos de dar vida a la práctica ceremonial, el chamán, y no debemos olvidar que el Awo Orunmila, el BABALAWO, es un chamán, enlazaba las energías residuales, el degradado magnetismo lunar, con la poderosa fuerza proveniente del astro rey, de una forma pragmática y cabalmente orgánica. Los múltiples entes y corrientes de vida lunar, entran en juego en la fase destructiva, des-constructiva de cada uno y de todos los procesos relacionados con el

psiquismo y las emociones, amén de las glándulas corporales, los humores, la sangre y la linfa. Por medio de razonados trabajos de conectividad entre el soporte material y sutil de que disponía y las energías lunares, perfectamente transmutables en potencias supresoras de aspectos sensoriales y sensitivos que usualmente mantienen a la conciencia bajo el umbral cognitivo, el brujo lograba radiar, emanar una cierta luminosidad emocional y mental. Asociado el trabajo a series de respiraciones, baños de energía sideral, lacustre, arbórea, de todo tipo de fuentes naturales sobre las que procuraba establecer una conexión de mutua reciprocidad operativa, las limitaciones comunes que afectan a la mayoría de los seres humanos se veían desmanteladas, desplazadas y arrojadas a los espacios y emplazamientos sobre los que situaba su voluntad de acción. Formas psíquicas, contrapartes etéricas de tómulos funerarios, torreones y construcciones evocativas de la fuerza radiante lunar eran igualmente empleados en este trabajo de alineamiento y aplicación del deseo de trascendencia material.

De alguna forma la muerte siempre es el camarada fenoménico del hombre de sabiduría, de allí que todo sesgo de nocturnidad cubra las referencias, leyendas y mitos elaborados respecto a su forma de trabajar, acondicionarse y extenderse allende los límites vitales que usualmente mantienen al hombre acotado a su cofre personal, a su cuerpo carnal. La noción de cadáver o cofre, túmulo o muñeco mortal, rodea desde la más remota antigüedad al cuerpo físico y no debería sorprendernos esta alusión al uso que aquellos babalawos hacían de él y de sus posibilidades.

En alguna medida las posteriores prácticas tántricas sobre cadáveres, cuerpos en descomposición y vidas elementales de signo femenino, asociadas con ese estado de la materia, fueron inauguradas en ese período protohistórico.

Otro aspecto ciertamente lunar de las prácticas tiene que ver con el desorden del equipo anímico, saturar la mente de formas y voces, mediante el desgarramiento de la trama etérica en ciertos

centros de fuerza y esferas del aura, con el propósito de forzar la consiguiente reacción en cadena de la energía de vida y el triunfo del estado trascendente, superior, que buscaban, como trabajadores espirituales primitivos. Este cuadro patético de desarreglos y caos emocional y mental, da lugar al orden luminoso en el curso del tiempo, siempre y cuando el candidato a esas prácticas sea capaz de resistir y sobreponerse a la ingente intromisión de la demencia precoz, de la locura, de la desintegración de la conciencia, de la ruptura del dique que refrena las aguas psíquicas y sensoriales. Porque la iniciación, es algo terrible y nada fácil, la auténtica transcendencia es algo que duele física y espiritualmente.

En estos pasajes se intenta describir atenuadamente la naturaleza de las prácticas dissociativas, lunares, emprendidas por aquellos hurgadores del vientre de la naturaleza, sin extralimitarnos en las insinuaciones e indicaciones: en todo momento persiste el riesgo de que incautos y crédulos intenten interpretar empíricamente y replicar en ellos mismos esta

mutación psicológica visceral y no necesariamente meditativa. Los resultados suelen ser penosos y arrojan al aventurero a la locura y a la completa pérdida de su identidad.

Solo se mencionan en tanto evidencias del remoto pasado, de una tradición que aún persiste entre nosotros, apuntalada por pociones, filtros y elementos vegetales, en la misma medida que por esfuerzos sensoriales extremos por aguzar la percepción y dejar atrás las puertas fijas del humano corral, del cuerpo material.

Estos son los vestigios arcaicos, los antecedentes del mito del descenso a los infiernos propio de los héroes solares, al rescate de su principio luminoso, del alma, de su condición espiritual. Una experiencia que acompaña al aspirante a la iniciación incluso en nuestros días, en el trance dramático de la lucha final entre la sombra o morador del umbral y el aspecto puro y poderoso del alma espiritual.

Una sección no menor de la vía más seca y dura de la alquimia primera tendría una cierta conexión con semejantes trabajos forzados del chamán en la completa y compleja esfera natural.

Si bien los métodos se refinaron y perfeccionaron conforme se elaboraba la cultura espiritual, en muchos puntos en el planeta, la raíz escatológica y natural es siempre la misma y alcanza las profundidades de aquella era exploratoria y experimental.

La muerte previa al verdadero nacimiento, la segunda muerte, el nacimiento en espíritu, también continúan hasta cierto punto el derrotero señalado por el hombre de sabiduría de los tiempos arcaicos y establecen la lógica de la gran mutación, del cambio más absoluto del ser humano que se dirige decididamente a la resolución del enigma de la existencia, comenzando por la vida y la muerte, por los estados alternos de la única realidad, del múltiple ser que es la totalidad.

La locura propicia aprobada por las comunidades antiguas, particularmente en Oriente y en África, era una consecuencia necesaria de la percepción, de la convivencia con el solitario zapador de los mundos que eventualmente deliraba y se veía jaqueado por lo que actualmente llamaríamos “severos trastornos mentales”. La llamada divina locura, expresión acuñada de forma posterior, alude en realidad al exaltado arrobamiento emocional, a los frutos de la gloria, gozo y dicha del corazón del místico, una vez que se une con el Espíritu Divino y se vuelve idéntico a Él.

La laboriosa y punzante labor de desmembrar, de parcelar, de hacer estallar el yo material, el yo ligado a las cosas del mundo de la acción, era llevada a cabo por el candidato en esta peculiar y de alguna forma violenta cultura de la apropiación de la condición magnética taumatúrgica y la ampliación de las puertas de la percepción.

Una vez desocupado el espacio psíquico, despojado de un núcleo hipnótico autorreferencial o yo material, ese espacio contingente era ocupado a su turno por la contraparte vital y espiritual que unifica la vida del bosque, de la montaña, del lago, del fuego, de los distintos elementos, que ocupaban el primer plano como actores y voces capaces de provocar cambios y modificaciones mágicas, desde la plataforma oculta de las fuerzas de la naturaleza, que ingresaban al vacío recipiente humano, puesto al servicio de las modulaciones de la vida silvestre y de los poderes turgentes que habitan los reinos prehumanos y eventualmente espirituales.

Una suerte de activo médium, ocasionalmente consciente, campeaba sobre el mundo arcaico, recibiendo la visita y la reverencia del pueblo y constituyéndose como el oficiante de los misterios de las religiones ctónicas, de los cultos de la naturaleza; y así nació el culto a IFA, la tradición del camino de Sabiduría del sacerdote de Orunmila.

Debido a la intensa polución psíquica de la esfera astral, el candidato se enfrentaba, en luchas sin cuartel, a enemigos imaginarios, ilusorios, espejismos y poderes irreales pero aterradores, generados por las prolongadas prácticas de la hechicería atlante; fuerzas y egrégores que incluso en nuestros días conservan una dimensión y gravitación apreciable, como parte de los sellos inviables y limitaciones que detienen a aquel que intenta acceder por la fuerza a tales regiones reservadas de la naturaleza sutil.

Construía sus “armas” y “símbolos de poder” con la sustancia o luz astral y entablaba esas batallas erráticas que le daban, eventualmente, la capacidad, el poder de sellar su esfera psíquica, para evitar la invasión o intrusión de influencias extrañas e indeseables del tipo de las que aun en nuestros días siembran la atmósfera de esa gran cloaca o campo residual de la humanidad.

Organizaciones que se llaman a sí mismas esotéricas, en nuestros días entrenan a sus cándidos acólitos en los desdoblamientos astrales

y los preparan para ese mimetismo de acciones chamánicas, la búsqueda y creación de armas y símbolos de poder con que luchar contra los elementales y fuerzas psíquicas que los intentan aislar y expulsar de sus recintos, particularmente porque los métodos y prácticas secretas de los antiguos chamanes no fueron transmitidas amplia ni completamente a las modernas generaciones, una vez que la creciente influencia del principio pensante invadió y modificó a las subsiguientes comunidades humanas, dando término a un prolongado período naturalista, período de transición entre dos condiciones de la humanidad, la prominentemente psíquica y emocional y la prominentemente emocional y mental.

En apretada síntesis y en este contexto, el objetivo personal del babalawo era el disolver la estructura hipnótica de su yo mundano, aislar y preservar su aura para dejarla libre de invasiones, obsesiones e intrusión de elementos espurios y dañinos y alcanzar a servir de vehículo o instrumento de las fuerzas colectivas, psíquicas y espirituales que administran los reinos de la

naturaleza y del mundo psico-sensorial, volviéndose el receptáculo de los secretos poderes que ella mantiene ocultos y alejados del lego y del curioso no consagrado al servicio y a la labor constructiva en el mundo y sus fenómenos.

Los efectos psicoactivos de determinados productos de la naturaleza, tomados directamente o alquímicamente elaborados, de pócimas y filtros, de sedimentos en la propia orina o en la sangre, fueron empleados con mayor o menor asiduidad, en el tortuoso camino emprendido por los hombres del bosque, de la jungla, de la estepa, de las nieves: definiciones variadas que encubrían la común condición de solitarios viajeros del espacio dimensional. Los efectos alucinatorios, la ampliación o aguzamiento de la percepción perimaterial, la ruptura episódica de las barreras cognitivas, del llamado anillo no se pasa en el nivel psico-físico, fueron constantes de las prácticas bucólicas y agrestes arcaicas, buscando todas ellas, como estamos planteando, la percepción trascendente, el desarrollo de la capacidad de organizar el cuerpo astral de una

forma brusca, eventualmente incompleta, pero dúctil para los objetivos de la actividad psicopómpica. Desde luego, amén de la referencia a estas búsquedas debe incluirse en el estudio el afán de sostener en el tiempo la experiencia de ampliación de la conciencia y la movilidad espacial. Presumiblemente esta segunda característica de la ingesta de semejantes productos procuró fijar en el continuo mental la propensión y la habilidad para desplegarse en desdoblamientos a voluntad.

Presumiblemente, una vez alcanzado el umbral del plano astral, otros chamanes acudían a entrenar y facilitar la fijación consciente del camino y la adquisición plena de la destreza, amén de la más completa y posible organización del vehículo o cuerpo astral con el que habría de desdoblarse en el futuro. Existe la percepción de que en la mayoría de los casos estos zapadores del reino nocturno no tenían plenamente formado semejante molde psíquico, pero que por los efectos de los trances autoinducidos o de los productos selectos de la tierra, la ampliación del

margen de acción en el inframundo terminó por convertirse en una realidad permanente.

En nuestros tiempos y en especial en América han cobrado un gran prestigio productos como el peyote, el mezcal, toda una gran variedad de hongos alucinógenos y la ayahuasca, pero la farmacopea psicoativa natural con la que se experimenta es muchísimo más amplia, descontando naturalmente la panoplia de drogas artificiales, desde el prestigioso lisérgico en adelante.

Desde los tiempos más remotos se conoce perfectamente que los efectos de semejantes elementos están en estricta relación con la naturaleza emocional o moral, psíquica y mental del consumidor y que no es ni fue para todos idéntico el viaje o el trance. A medida que la civilización se fue perfilando y materializándose, la mayoría de los experimentadores solo alcanzan a sentir cambios y alteraciones perceptivas o hipnóticas de una gama muy difusa, pero escasamente y como se dijo, solo cuando tienen

una inclinación, ancestral o actual, a lo místico, tiene lugar una posible experiencia límite, afín en cierto sentido con la del chamán y sus hijos adoptivos o discípulos.

La relación entre el fitoelemento, elaborado “alquímicamente” o no, y la conciencia del que hace la prueba es directa y fuerza el tipo de resultado cognitivo de un modo dramático, evidencia que en todos los casos ha sido demostrada, incluso por la ciencia al comprobar que el observador afecta lo observado, que el experimentador condiciona la experiencia, que la conciencia interviene en el experimento y el experimento en la conciencia.

De alguna forma y como elemento conectado con el punto que examinamos anteriormente, cuenta el hecho, recurrente en la práctica chamánica, de la inducción del trance por medio de la autohipnosis. El pensamiento repetido, como una afirmación, decreto y aun mantra, arrasa con las bases mismas de la consistencia del yo psicológico, lo acosa, lo

paraliza y con ello provee las condiciones propicias para la visión alucinatoria o videncial, según como se la contemple. De forma que de la secuencia de pensamientos y deseos que florecen en el fuero interno del practicante, también se pueden extraer elementos metodológicamente aplicables para inducir el trance y facilitar el acceso a un embotamiento de la mente, a una condición hipnótica de cierto grado de magnética vacuidad, que en manos del entrenado hombre del misterio se transformaba en un portal dimensional.

Más allá de las sustancias que segrega el cerebro en sus distintas áreas y su relación con estados emocionales y cognitivos, el empleo de los deseos y pensamientos de una forma estratégica fue también de dominio generalizado en la experiencia sobre la cual estamos ensayando: aun en nuestros tiempos aparece como un telón de fondo muy común en afecciones severas tales como la psicosis paranoica, por ejemplo. Como se dice habitualmente (Erich Fromm), *la diferencia entre alguien diestro en la*

realidad del mundo psíquico y espiritual y un demente, es que el primero conoce las aguas del mar, sabe nadar y se arroja al piélago y avanza, mientras que el segundo descubre el piélago, no sabe nadar y se arroja a él.

Una vez más aludimos a la práctica del Ifismo más tradicional, más material, seca y dura y a la evidente aplicación del conocimiento herbolario con fines análogos al del arcaico chamán ya en épocas más recientes, por parte de los que laboraban por la conquista de las “coronas” de los reinos materiales y su transmutación con fines prominentemente prácticos y egoístas, he ahí la práctica del conocimiento del Monte y del Osainista.

Existen formas elementales que cierran el paso de quien desea aventurarse en el plano astral sin haber fallecido físicamente. En mayor o menor medida, a los curiosos y aventureros psíquicos les salen al cruce estas criaturas fantasmagóricas, por lo general de aspecto siniestro, que sellan el acceso a la dimensión de las almas desencarnadas. Es común en múltiples tradiciones mundiales la referencia a estos guardianes en el umbral, que celan y sellan las puertas dimensionales.

Por una parte espíritus elementales como el caso de Aroní, que protege y custodia la los Monte, las hierbas y su tradición sagrada, impidiendo que se establezcan más violaciones o intentos intrusivos respecto al ámbito psíquico y sutil de influencia de esa colectividad llena de poder.

En todos los casos el Babalawo debía apelar a la reserva moral necesaria para hacer frente a esos hostigadores en el umbral y de alguna forma

neutralizarlos o derrotarlos, evento que tiene lugar cuando el candidato toma el control pleno de sus pensamientos y percibe, descubre la naturaleza puramente virtual de tales engendros psíquicos. De cualquier forma es de presumir que antes de que ocurra esa asunción de conciencia y el consiguiente poder relativo sobre tamañas huestes astrales, el babalawo debió de apelar a armas y símbolos de todo tipo, en un afán intenso por sojuzgar e inhibir a esos limitados poderes del mundo de las sombras cuyo aspecto siniestro y dantesco los vuelves trastos de espanto.

Más allá de estos centinelas en el umbral, otro hecho consumado, particularmente después de la gran guerra atlante, es la sobrecarga de larvas y vidas de carácter residual, espíritus espurios, así como restos de cadáveres psíquicos, conocidos en algunas escuelas esotéricas modernas como “cascarones astrales”, los cuales conservan una vaga reminiscencia de la mentalidad y la orientación vital de sus antecedentes, los cuerpos fallecidos y sus moradores. Similarmente a cuanto ocurre en

algunas sesiones espiritistas efectuadas en lugares designados en el espacio natural, las colisiones que tienen lugar, los aparentes velos y ataques que el medium, habría de enfrentar, tienen todos que ver con el hecho de que no se trata de un iniciado en las Ciencias Ocultas, heredero de una poderosa tradición sapiencial, sino de alguien que fuerza las puertas de la percepción con un propósito al menos ambiguo.

A lo largo del entrenamiento y acondicionamiento del candidato, este habrá de padecer severas pruebas y ordalías con toda seguridad promovidas por brujos hostiles o entidades de bajo orden, todas estas también al acecho del incauto intruso en las dimensiones neblinosas del más allá. De estas terribles y acaloradas pruebas psico-físicas surgió posteriormente el *modus operandi* de las escuelas de misterio y el propio sendero iniciático, particularmente en la antigüedad, período en el cual las pruebas abarcaban los niveles psíquico y físico con la misma gravitación e intensidad. Con el correr del tiempo, al sobrevenir la implantación

de la cultura espiritual y hasta el día de hoy, estos desafíos o pruebas han terminado por circunscribirse, en la casi totalidad de los casos, al ámbito psicológico y relacional.

Notoriamente el chamán o el aspirante a esta destreza debía de regular sus fuerzas y aprender a armonizarlas con el resto de las potencias de la naturaleza; de lo contrario los resultados nunca habrían de ser los deseados y presumiblemente la condición recurrente de estos individuos sufriría una suerte de enajenación visionaria semi permanente, tal cual les ocurre en la actualidad a ciertos místicos y visionarios que padecen de enfermedades mentales crónicas, sin que los brotes de las mismas los inhiban decisivamente para la vida en el mundo

La consignada epopeya del desmantelamiento, del estallido del yo psicológico, la consiguiente liberación del flujo hipnótico, del magnetismo del cuerpo vital y del estamento astral, procuraba como efecto triunfal el participar conscientemente de la mente colectiva de la naturaleza. El vaciamiento del molde psíquico se buscaba, se forzaba con el objetivo de que ese espacio lo ocupara en una suerte de transferencia de conciencia global, del espíritu del bosque, del vuelo del águila, de cada una de las fuerzas sutiles que monitorean y administran los tiempos de los reinos naturales en sus distintas conformaciones. Esta suerte de apropiación del magnetismo común, del magnetismo del alma del mundo, de la luz astral manifestada a través de las formas del mundo, daba curso a una profusión muy rica y variada de ceremonias y rituales, a la consagración de amuletos y talismanes en una fase de la ciencia en que la impronta radiante del Babalawo operaba activamente sobre el punto de encaje, sobre la pieza, sobre el instrumento, herramienta o arma designada como elemento protector.

Este estado de la mente, afín a la desconocida naturaleza global del inconsciente iluminado por el alma de todas las cosas, hizo su aparición en el escenario planetario, dando lugar a una fase casi mística, sino extática, en estas disciplinas abstrusas y rebuscadas que señalaron los hitos del trabajo sobre la propia naturaleza y sobre la naturaleza colectiva en el camino o vía de Ifá.

La madre tierra, el padre sol, la luna, los meteoros, todas las fuerzas de orbe manifestado entraban en juego en el ámbito de la conciencia del zapador espiritual, de allí que los ingentes poderes de la curación estuvieran plenamente disponibles para él, desde que actuaba directa y visionariamente sobre la condición áurica y magnética de la persona que padecía alguna afección. El desalojo de los espíritus de la enfermedad y de la desdicha estaba en manos del diestro discípulo de los poderes invisibles del mundo y era por su intercesión, por la intervención de semejantes fuerzas ultrafísicas, que el proceso de curación y purificación se

transformaba en una orquestada y ceremoniosa práctica verdaderamente teatral.

La concepción soteriológica del ritual como la esfera donde la invocación de fuerzas sutiles, de las fuerzas de la Naturaleza en especial; Orishas en particular, supremos poderes en especial, entra en juego, conoció de esa fase primitiva y auspiciosa en el curso de las edades del Babalawo.

Está claro que la compleja iniciación en los misterios, en los secretos poderes de la naturaleza, operaba como un poderoso magneto para los jóvenes arrastrados por semejante pasión superracional. La elaborada espiritualidad posterior desalojó una parte aleatoria, pintoresca de estas prácticas, aunque no así el núcleo esencial de cada una de las fases de la gran expansión, una vez que el pequeño yo perece en manos de la radiante esfera de la colectiva voz de la naturaleza planetaria y sideral.

La consecuencia natural de estos afanes era la adquisición de la clarividencia y la clariaudiencia astral, en algunos casos de niveles raíces de la experiencia telepática. Con toda evidencia, el dominio de líneas mágicas para manipular y emplear los turgentes poderes naturales de consuno con el espíritu de los elementos en cada locación particular, a través de los Oddun de Ifá.

En la antigüedad no existió procedimiento más sagrado para establecer una comunicación/comnuni3n con el esp3ritu divino y con las realidades de orden elevado que el Ifismo, y sus métodos adivinatorios.

En la perdida Ciencia de los Santuarios, tan bien custodiada y preservada de la curiosidad del vulgo, el hierofante egipcio, griego o de Asia Menor, se guardaba la clave ceremonial, ritual, para desarrollar a plenitud y bajo las condiciones más virtuosas el enlace consciente y la ulterior fusión con la conciencia divina, con el noúmeno interior, con el daim3n o augoeides, phasmata o simulacra superior, el doble espiritual, el hombre de luz que representa la esfera radiante e informe del alma a los ojos del candidato. En estos casos, siempre conducido por su Ori, a efectos de que atravesara el umbral de los mundos material y espiritual, superando la influencia del mundo astral y de sus fuerzas inerciales, por medio de una sabia y diligente utilizaci3n del espacio psíquico y de una estrat3gica dispersi3n y posterior concentraci3n de la luz astral, ya bajo la

espléndida forma visionaria del rostro hierático y sublime, del propio rostro elevado a la enésima potencia, de la máscara de luz, por medio de la cual la ulterior comunión con el espíritu divino era un hecho consumado.

Con el correr del tiempo y a medida que las Escuelas de Misterio -que convivieron con el chamanismo, solo que en locaciones geográficas diferentes-, ingresaron a su faz más notable, en el curso de los llamados Misterios Mayores, el hierofante actuaba de psicopompo y adiestraba a los acólitos en la Ciencia, de la Ciencia de los Bosques, los árboles, la Madre Tierra, el agua del Río, y los secretos del océano profundo, por medio de la cual este conseguía, desde el atravesar el puente al mundo de las almas de los muertos atrapadas en la estructura psíquica postmortem, a alcanzar eventualmente el descripto fasto extraordinario de la iluminación, de la visión y comunión iluminativa, contemplativa, corazón efectivo de la divina magia ceremonial o magia divina.

Cabe aquí hacer un alto en estas disquisiciones y mencionar que, desde el punto de vista filosófico, las grandes epifanías y teofanías de los antiguos, los estados más elevados de la conciencia del contemplativo y del devoto, se asimilaban sin ninguna dificultad con la práctica teúrgica: una inconmensurable ampliación de la conciencia, desde la base personal al ámbito espacial más amplio, a la conciencia cumbre universal o cósmica, propia de la realidad ultrafísica que esencialmente es el hombre espiritual, considerado como un rayo o chispa de la llama incombustible de Orunmila, testigo de Olodumare, del magma magnético y divino radicado en el núcleo ardiente de poder verdadero, de sabiduría genuina y de la más eximia inteligencia activa.

Resulta admirable el estudio de los pasajes más inspirados que los contemplativos de la antigüedad redactaran respecto al Ifismo, igualmente, aunque exigiendo un mayor nivel de concentración y de conocimientos ocultos, las leyendas que el poemario de Ifá, dedica a este

inmenso tema son verdaderas joyas de sabiduría espiritual, la fase más aristocrática de la mente superior, el vehículo de la ingénita voluntad de realización inmanente pujando desde el mundo ideal.

Quienquiera que pueda acceder al poemario de Ifa, se encontrará con estas gemas maravillosas del mismo modo que en el curso de sus estudios en las ardientes páginas de cada Oddun, y cada símbolo sagrado.

Si bien durante el período místico y durante toda la antigüedad la ciencia teúrgica les permitió al babalawo establecer comunicaciones y volver visibles, a la propia alma mediante el Ori, a los espíritus de los muertos, con el correr del tiempo y en la medida que aquel conocimiento se degradó a la par de las costumbres, esta ciencia acabó por convertirse en mera necromancia y magia de segunda categoría, al entablar contacto y volver visibles solamente a las fuerzas elementales y a los cadáveres psíquicos. De hecho la mayor parte de la literatura moderna sobre la la

tradición de Ifá, hace hincapié en estos aspectos y está teñida de un gran espejismo de astralidad negativa, a través de los sacrificios y la sangre de los animales, y en tradición hay que evolucionar, y utilizar la energía sagrada del ASHE, del poder de OLODUMARE, para obtener la tradición espiritual, a través del sacrificio y la práctica de SABIDURÍA, CONOCIMIENTO Y ENTENDIMIENTO, los TRES PILARES DE IFÁ.

Aquí y allá proliferan manuales que orientan – conforme a pretendidas claves, por ejemplo- al curioso aventurero en el viaje astral, ayudándolo a enfrentar esas mismas fuerzas contradictoras, los guardianes en el umbral, que mencionamos al estudiar la experiencia del Ifismo tradicional.

Ifá, entonces, debería ser considerada como la forma de práctica psicopómpica más elevada y como la ciencia secreta orientada desde lo alto, que proporcionaba al diestro en los mundos sutiles, el instrumento eficiente para zanzar el umbral entre el mundo psicofísico y la realidad

espiritual. En los antiguos bosques sagrados, el babalawo entrenaba a los acólitos para lograr, por sus propios medios, semejante cruce de las aguas siderales sin riesgo. En todos los casos el requisito incuestionable era la vida limpia del candidato, una mente abierta y un corazón puro. De la cualidad inspirada y ética de la vida de los iniciados en los arcaicos misterios, dependía, dependerá siempre y en última instancia, la calidad del pasaje o cruce a la esfera ideal.

También se nos enseña que en nuestros tiempos semejante práctica es del todo inviable y que termina por fuerza en llana invocación de espíritus de la naturaleza, fuerzas elementales y cadáveres psíquicos, con el consiguiente detrimento de nuestra propia vida moral. Los tiempos han cambiado, se han oscurecido dramáticamente. Las tradiciones espirituales, se están retirado del mundo visible, de la superficie física del planeta, de hecho nos debemos de mover con extremo cuidado y con todo tipo de sigilos y reservas en nuestras prácticas interiores, so riesgo de vernos

atrapados u obsesionados por esas fuerzas elementales de baja calidad evolutiva.

Si bien Ifá es y era una ciencia mágica y ceremonial de corte elevado, común a todos los pueblos de la antigüedad poseedores de una cultura espiritual, así en la India, como en Egipto y Grecia o Asia Menor, eventualmente en los reinos Mesoamericanos, Orunnla, ofrece un vívido relato del ritual y de las observancias que las tradiciones de cada lugar, existencia, civilización, cultura o pasado, nos enseña, nos muestra, para que indaguemos y corriamos.

A – Prescindir de relaciones sexuales o mercantiles al menos durante los tres días previos y posteriores a la iniciación. Vida limpia, magnética y moralmente hablando. Mente abierta y responsiva a la luz superior establecida de Olodumare, en el eje del corazón, del corazón en estado puro y radiante.

Ifá, el Despertar en el Sueño

B – Recinto privado, consagrado y magnetizado, convenientemente aislado de la intrusión de fuerzas psíquicas que pongan a riesgo la salud mental del practicante, trabajos de limpieza, de ebbos y ofrendas a Eshu, saludos a la energía Solar por la mañana, y la ceremonia, íntima y maravillosa de despertar a Ifá.

C – Encendido de un número de velas estratégicamente situadas ante los Orishas, conforme a la lógica de los puntos cardinales y equinocciales. Pueden ser de aceites o mantecas, incluso aromáticos.

D – Encendido de inciensos del aroma conforme a la luna del mes y las condiciones generales de los días consagrados a la práctica, amén de la singularidad magnética de cada practicante, con las Atenas, firmas llenas de simbolismo, verdadera fuente del poder de los Orishas.

E – Adopción de consulta en él suelo, una vez asegurada la condición magnética y privada del ámbito. Debe acompañarse con invocaciones a los poderes de la Luz, a través de la MOJUGBA.

F – Posicionamiento de la conciencia en el nivel psíquico a fin de desagregar voluntariamente la forma astral, etérico astral. Una suerte de desconstrucción consciente y destilación de la luz astral constitutiva. Este trabajo es enseñado de una forma precisa a través de lo que se conoce vulgarmente, como "alimentar la lengua", y que esta se purifique, a fin de adquirir el poder a través de las palabras sagradas.

G – Invocación al alma, al ser interno, por medio de la voluntad silenciosa del corazón, de nuestro ORISHA particular.

H – Evocación o acción de volver visible a nuestro ORI SAGRADO.

I – Comunión o fusión en conciencia con la esencia no visible de nuestro Maestro Interno. En tales fastos se reciben explícitas enseñanzas sobre la misión trascendente o propósito en la vida, respecto a la estatura interior alcanzada o sobre aquello que al ser interno le resulte de la mayor importancia comunicar.

J – Reverente gratitud a Olodumare, y silenciosa expectación, hasta que el mismo se retire dejando la mente en un vacío absoluto y ausencia de color y radiación.

En pocas palabras y conforme a la enseñanza de la Tradición, esta sinóptica ilustración de una práctica propia de un awo que interiorice la verdadera espiritualidad de Ifá, y da cuenta de lo exquisitamente elaborado y cuidado que resultaba este cruce del puente hacia la otra orilla y la comunión con Dios en el interior.

El filósofo Jámblico y la escuela analógica alejandrina enseñaban por este medio la

comunicación con los seres de luz y los ángeles solares, de modo que la práctica alcanzaba ribetes de reconocimiento de las realidades vivas propias de las esferas divinas. El iniciado en los Misterios Mayores era un verdadero morador de los círculos celestes en los que actuaba a plena voluntad y con amplia libertad. Técnicamente, en esta facultad operativa radica la justa y completa definición de espiritualidad o vida espiritual.

Los riesgos de esta actividad volvieron renuentes, al menos de forma inicial, a sabios de la envergadura de Plotino, pero el triunfo del método arcaico, seguro y purificado, dio lugar a consideraciones virtuosas por parte de una segmento importante de filósofos contemporáneos a aquel. Apolonio de Tyana, teurgo y taumaturgo, era un consumado maestro en esta destreza cenital, un habitante o elegido en los cielos espirituales, un alma libre cuyos poderes excedían a la humana razón.

Naturalmente las personas con cuadros de disociación psicológica o cualquier tipo de perturbación, deberían evitar semejantes intentos simbólicos para cruzar a la otra orilla, al menos para alcanzar a percibir los susurros de la otra orilla. Prudencia, cautela y sigilo, pero sobre todo, en estas prácticas de interiorización o visualización superior.

Práctica recomendada por sabios de la antigüedad, con una obligatoria, previa y consistente vida depurada de pasiones y caprichos y naturalmente orientada hacia el más elevado ideal de perfección humana.

Estas prácticas nuevas en el campo de las disciplinas del Ifismo procuran, como se mencionó, abrir las puertas sin riesgos grandes y alcanzar a atravesar el umbral hacia el reino interior, siempre y cuando tengamos las iniciaciones correspondientes a esta practica espiritual.

En la clasificación del Ifismo tradicional de los estados de conciencia, el sueño con y sin ensueños ocupa un lugar intermedio pero gravitante. Los estudios sobre la variedad de la experiencia onírica de fuentes esotéricas revelan cómo esta vivencia progresa desde los corrientes y masivos sueños fisiológicos –los estudiados por Sigmund Freud-, a los sueños simbólicos, parcialmente examinados por Carl Gustav Jung, para coronarse con las improntas del alma en sueños proporcionando escenas de vidas anteriores programáticamente útiles para el plan del ser interno. Los estados cumbres de la experiencia de nocturnidad alcanzan su coronación en los estados más refinados de la conciencia, más allá de las experiencias visionarias y ya ingresando al éxtasis, a la transferencia de la conciencia espiritual, sin la figuración o escenificación de las soñaciones corrientes.

De una forma amplia y muy elaborada se nos menciona en estas tradiciones planetarias la existencia de sueños muy luminosos, de revelaciones y visiones contemplativas y extáticas, las cuales suponen una vivencia trascendente, en la medida que arrojan al ser de la conciencia a la orilla de la realidad última.

En la moderna psicología humanística se ha avanzado considerablemente en la elucidación de este gran tema de los sueños. Una de las variedades que más llama la atención son los llamados sueños lúcidos: experiencias nocturnas en las cuales quien sueña despierta en medio del ensueño y reconoce conscientemente que está soñando. Ocasionalmente esta experiencia atraviesa el área del manejo voluntario de la secuencia onírica, ingresando al área difusa del desdoblamiento y conciencia astral.

Las apreciaciones de la psicología cognitiva, que hacen hincapié en el progreso apreciable que representa el “darse cuenta” en todo momento, estiman que hacerse cargo conscientemente de

nuestra suerte en el curso de un sueño descubierto como tal por el soñador, pone la mayor gravitación en el aspecto central de la mente: sus amplias posibilidades en tanto vector de la conciencia, del despertar.

Desde esta perspectiva, un sueño lúcido, una serie de despertares en medio de diferentes sueños, son señales cruciales de un cierto avance en el manejo de las potencialidades cognitivas con las que contamos todos los seres humanos, en general en condición latente. Muchos psicólogos pretenden entrenar a los consultantes en abordajes metodológicos para forzar la experiencia del sueño lúcido o despierto, del darse cuenta que uno está soñando para luego organizar es sueño y alcanzar una distinta experiencia de conciencia “vigílica”, no exenta del magnetismo propio de la nocturnidad. A tales efectos también la tradición arcaica encomia el retirarse al sueño más profundo, con consignas que alientan el despertar interior, el reconocimiento de nuestra identidad honda y real, de la naturaleza última de la que somos una vertiente o afluente psico-físico.

Prácticas muy antiguas recomiendan programar al cerebro para el silencio o apagamiento nocturno y la ulterior continuidad de la conciencia: un método indiscutiblemente vinculado con la visión del Ifismo, la propia de la regularidad de la conciencia en el pasaje entre los mundos.

Unos cuantos neurólogos y psicólogos han encontrado efectivos beneficios en esta recurrencia del sueño lúcido, del despertar en el sueño, particularmente, como mencionamos, el ensanchamiento de la percepción vigílica de la natural atencionalidad. Incuestionablemente semejante estado de conciencia siempre despierto constituye la gloria del desarrollo de la percepción, la excelencia del programa cognitivo del alma, y es sobre este aspecto que deberíamos detenernos a examinar las secuelas saludables y regeneradoras que semejante experiencia trae consigo para el alma y para la persona humana. Siempre que exista una cierta continuidad de conciencia el tipo de acercamiento a la realidad, la vivencia del día y de la noche, revelan su condición vital y significativa. De hecho estas

fragmentarias fases de la primera manifestación de la continuidad de la conciencia constituyen estados superiores de la experiencia mental, resúmenes cognitivos de la condición contemplativa, siempre despierta y consciente, propia de nuestra alma en su esfera y en general en su regular monitoreo de la vida en el mundo.

Las prácticas de autoprogramación sugestiva o autohipnosis, no son sin embargo instrumentos de buena calidad para alcanzar a establecerse en esta parcial continuidad de conciencia. Todo lo contrario, la tradición sapiencial asegura que la regular práctica de la meditación, la práctica de recurrentes ampliaciones de la conciencia de una forma orgánica y virtuosa, que conlleve un cambio en la forma de vida y una actualidad de la conciencia despierta en buena parte del día, es el camino expedito, la vía segura y trascendente para que la calidad, para que la naturaleza de los sueños sea transmutada dando lugar a la ampliación de la percepción y al encuadre, al enfoque en la conciencia prototípica o espiritual, que nos llevará a indagar con mucha más

profundidad en las tradiciones de Ifá. Desde las ya conocidas meditaciones sobre la atención plena al abordaje amoroso y contemplativo de la vida y de las relaciones, todo este marco de referencia, de exquisita sensibilidad, prolongado en el tiempo y practicado con completa entrega y total naturalidad, tarde o temprano traen aparejados episodios de conciencia continua, de ampliación perceptiva de las diversas dimensiones de lo real.

La consigna de Ifá de favorecer y enaltecer el cruce del puente entre los mundos y acompañar a otros en esas fatigas, puede despertar sospechas y llamar la atención a las actuales generaciones, tan apartadas de los ideales tradicionales. Sin embargo será siempre la vía meditativa el recurso excelente por medio del cual esta hazaña de trascendencia y unidad de conciencia serán viables, se transformarán en hechos consumados, especialmente cuando quien practica una vida libre de excesos, limpia y abnegada de los mandatos de IFA OFUN, y aplica la estrategia cognitiva propia de la meditación, logra transferir el centro “vigílico” allende el plano material,

atrayendo para su existencia los tesoros desconocidos que aguardan al zapador allende el nivel corriente de inmersión en la realidad tempo espacial.

La meditación, correcta y regularmente practicada constituye la vía segura para trazar un puente entre la base mental en el mundo de los fenómenos y la corona espiritual en la esfera de la realidad primera y última. De esta forma no existe duda alguna acerca de que esta práctica configura a la larga una colosal travesía allende los estados de la materia y de la mente y que “transporta” al núcleo de la conciencia, al alma, desde los niveles inerciales y residuales de la manifestación de la vida al campo unificado de la realidad ultrerrima, divina y universal. No puede existir entonces camino más afín al método que la propia meditación, repetida orgánicamente, perfeccionada, refinada, sublimada y desplegada paralelamente a la apertura o despertar de la función cognitiva del alma entronizada sobre un haz de vehículos o cuerpos materiales.

Como principio general, la práctica se sostiene en la intuición y el ulterior conocimiento directo de la realidad más allá de los mundos de las formas, del error y de la relatividad. Esta consigna preside el método contemplativo, que inicialmente conocemos con la palabra “meditación”. De allí que este sencillo manual procure por sobre todo llamar la atención sobre la vía luminosa, la más lúcida y despierta vía de realización del sí mismo, del arquetipo de poder, de conciencia y amor que todos somos en esencia, ubicuamente y especialmente en la esfera de la final unidad trascendental de todas las cosas.

Al referirnos a la tradición de Ifá, mencionamos el evento interno que tiene lugar como evidencia de la comunión con Olodumare (a través del Dios íntimo o alma, es decir ORÍ).

Visualizar en las cámaras internas del corazón cada ODDUN de IFÁ, la gloriosa estatua interior esculpida con actos de amor, con pensamientos y palabras armonizados con la mente divina, representaba para los antiguos BABALAWOS la puerta abierta a la dimensión ideal, asiento de la realidad primera y última, a los cielos más elevados a los que el alma humana puede acceder. Por el momento y dada la oscuridad psíquica que devasta el planeta moral, esta práctica es enteramente inconveniente y concluye en todos los casos en alguna forma de necrofilia o viaje astral, absolutamente mediocre y sin verdaderas consecuencias edificantes para la vida del practicante.

Las vías alternativas de invocación del alma, como las mencionadas en este capítulo, requieren sobre todo de una completa pureza de vida y propósito, una estimable pacificación emocional y una poderosa armonización intelectual. De lo contrario, los efectos, los resultados son absolutamente irreales y eventualmente dañinos. De forma que esta aclaración procede siempre, en particular en un momento de la cultura humana donde el desaliño moral y el abandono han tomado el lugar del rigor moral y de la vida disciplinada y aplicada a un ideal superior, incluidas muchas casas religiosas en las tradiciones yorubas.

Una vida elevada es también un camino lateral dentro del método de Ifá, ya que ella asegura, a la corta o a la larga, la conexión entre las esferas contrastadas de la realidad y la apertura de las puertas de la percepción. El gran tema de las disciplinas espirituales, especialmente guiadas y supervisadas por un instructor experimentado, es el tema de los caminos de trascendencia y

superación con que la Humanidad cuenta desde tiempos inmemoriales.

En las últimas décadas, el mundo y en especial la comunidad médica ha asistido al surgimiento de una disciplina en principio encubierta por un manto de sospecha y descreimiento: la Tanatología. Especialistas como la Dra. Kubler Ross, destinaron su energía y sus mejores aptitudes a desarrollar un método de acompañamiento y apuntalamiento del enfermo terminal, al moribundo y a las familias de estas personas en zona crítica.

Distintos estudios estadísticos sobre la llamada “muerte clínica” o apariencia de muerte, arrojaron información muy iluminadora sobre el trance de paso al más allá, información que ha sido suficientemente decodificada como para servir en el trazado de un mapa que albergue las dos orillas en la transición de la muerte. Esfuerzos como los del Dr. Moody han significado la adquisición de un nuevo orden de pautas o conocimiento tentativo que en cualquier caso indican la existencia de una esfera diferente del ser, de la conciencia, y fuerzan al especialista a proceder con energía para trabajar desde esa

perspectiva en la implantación de técnicas eficientes, en este caso para servir de babalawo moderno a fin de guiar o acompañar el cruce a la otra orilla. En pocas palabras, cada vez más los babalawos oficiarán el magno y sagrado arte de la psicología.

En esta seguridad es que los próximos tiempos, décadas o centurias, seguramente aportarán al cuerpo de conocimientos del que ahora se dispone, nuevas y muy ricas evidencias sobre el desarrollo del método más eficiente para proceder con el enfermo y el moribundo ante la inminencia de un cambio radical en la conciencia.

Ya en la antigüedad ceremonias como el ITUTO, servían de instrumental para el acompañamiento, incluso la guía, del babalawo al difunto en su viaje espacial a través de un nuevo ámbito cognitivo y sintiente, para el cual el práctico entrenaba y servía de faro en el camino.

De suerte que diversas civilizaciones, africanas, contaban con documentos de orden práctico, útiles a la hora de asistir y preparar, predisponer correctamente al alma del difunto respecto a la inminente travesía celeste.

Esta creación de manuales de prácticas en distintas culturas espirituales, habla con claridad de la trascendencia que tenía para los antiguos el fasto de la muerte física.

En las enseñanzas escatológicas muy atenuadas de Jesús, se sugiere que la vida de ultratumba es en esencia la verdadera vida. De forma semejante, en las tradiciones místicas y esotéricas se hace hincapié en semejante concepto: el hecho de que la expansión más amplia de la conciencia del ser en lo real, del alma, tiene lugar en la esfera de los mundos sutiles, del más allá, donde la experiencia adquiere ribetes realmente extraordinarios.

La provision de datos útiles sobre la vida emocional y moral de quienes están próximos a la gran transición de la muerte, ya sea el enfermo mismo o sus familiares y allegados, resulta el material disponible sobre el que se trabaja en el consuelo, en la mejor predisposición para el tránsito, en el incremento de la fe luminosa y de la esperanza y sobre todo el cerrar heridas, cicatrizar diferencias, completar las experiencias trucas hasta donde ello resulte posible, todo lo cual mejora ostensiblemente el estado moral del moribundo, una vez que se deshace de deudas pendientes y se presenta ante el portal con un cierto grado de paz y de ecuanimidad interior.

Por otra parte, en la enseñanza esotérica relativamente moderna existe la insinuación de que en los próximos siglos la visión ocular corriente se ampliará en un número significativo de unidades humanas, permitiendo la sutilización de ese campo perceptivo, la visión, y con ello la observación del desprendimiento del alma revestida de una película radiante o doble etérico, todo lo cual terminará definitivamente con el

actual miedo a la muerte, con la resistencia a pensar en este evento trascendente y parte esencial de la vida. De forma que finalmente las prácticas del Ifismo conocerán un desarrollo nuevo y superador, en la medida que este hecho anticipado ocurra y que muchos seres humanos adquieran la visión refinada y con ello accedan a la percepción del umbral del mundo material.

Los cultos religiosos y sus exorcismos y mecanismos de apuntalamiento de la fe del devoto en trance de muerte, han servido, quizás, de paliativos momentáneos para la sed de revelación y verdad que habitualmente padece el alma humana en estado crítico. Es indudable que en la medida que el proceso evolutivo siga su curso y de lugar a cambios significativos en el orden de la percepción, y qué decir de la ampliación consiguiente de la conciencia, en tal medida deberán adaptarse y asumir la verdadera latitud de los hechos. La futura y segura adaptación de las prácticas religiosas de la extremaunción o acompañamiento del alma de los moribundos, por fuerza tenderán a parecerse más y más a la

Tanatología de entonces y viceversa. De allí que el límite, la frontera entre la disciplina científica y la concepción religiosa segura y afortunadamente se reducirán a polvo, dando lugar a una integración de la ciencia y de la paraciencia de una forma taxativa, práctica y de alguna forma revolucionaria.

Ciertamente esta es la revolución más grande para la historia de la familia humana que podríamos esperar en los actuales tiempos, con un moderado optimismo y con la sana expectación de un futuro de acuerdos y esfuerzos mancomunados entre las distintas disciplinas, médicas y para médicas, en tanto urge el ingreso a una nueva era de luz y revelación.

Análogamente a como funciona la conciencia degradada en el sueño nocturno por el peso del cerebro físico, el servir de guía en el trance de la muerte, sin tener conocimiento directo de lo que ello implica, en el mejor de los casos y en la actualidad, no resuelve, no puede resolver el problema de la previsión y anticipación

del estado de cosas que habremos de enfrentar del otro lado. Sin embargo, también el sueño nos transporta a un estado del ser allende el reino material, en el que ocasionalmente entramos en contacto con esas hendijas o grietas psíquicas a través de las cuales se filtra la luz astral, la radiación que nos permite despertar en medio del sueño y asumir voluntariamente su continuación, manejando hasta cierto punto las soñaciones sin perder el control consciente, el recuerdo de si en ningún momento. Semejantes sueños lúcidos nos permiten sentir seguridad en el sueño autogestionado.

De la misma forma, no sería desdeñable incorporar a las prácticas religiosas en el campo de la Tanatología, precisas referencias a la literatura esotérica, al propio Bardo Thodol, a las evidencias estadísticas obtenidas de muertes clínicas, a fin de facilitar la rápida asimilación de la nueva atmósfera en la cual se va envolviendo la conciencia del moribundo capaz de escuchar un detalle aproximado de la aventura espacial que nos espera. La elaboración de semejante material

no es algo sencillo, desde luego, especialmente si se le da lugar a la compleja mata de supuestos y especulaciones que han sido difundidas por medios gráficos y visuales en el último siglo y medio. Más allá de esta dificultad, no menor, el seleccionar una vía que coincida aproximadamente con las investigaciones estadísticas realizadas entre personas que vivieron una muerte clínica, podría facilitar la redacción de semejante manual operativo: una tradición de ifá moderna, viviente, siempre abierta a las nuevas evidencias que seguramente la humanidad adquirirá en el curso del tiempo, sobre el cruce del puente y el papel del babalawo moderno en esta gestión de un radical cambio de punto de mira, que a todos nos espera al final del túnel y todavía más allá.

Desde hace muchos años, en los escaparates de las librerías abundan manuales que pretenden adiestrar al curioso, al temerario, respecto al desdoblamiento consciente, al viaje astral.

Ofrecen técnicas casi siempre asociadas al sueño, a la autoprogramación sugestiva o al manejo forzado de la capacidad perceptiva; en algunos casos sostienen que se trata del método aplicado por viejos cultos y rituales de la tierra o por modernos guías e instructores en esa especialidad.

La sabiduría de Ifá enseña que, excepto los iniciados, ya de la mano derecha como de la mano izquierda, y las almas desencarnadas, cuyos cuerpos han muerto, en el resto de los casos los órganos de la percepción astral no se encuentran completamente desarrollados: no se ha nacido de nuevo en el reino de los muertos, con lo que esta noción comporta respecto al desarrollo y actualización de las facultades perceptivas y sensibles propias de ese nivel de la realidad manifestada.

Los aludidos manuales generalmente terminan por procurarle al curioso experiencias de desprendimiento del cuerpo físico o complejas y críticas vivencias en un universo caótico, lleno de formas fantasmagóricas o amenazantes, sin que disponga de poder alguno para vérselas con semejantes experiencias límites.

Vimos como en el caso de los shamanes de salón, los santeros de apariencia, los babalawos de fiestas y borrachera, que, al carecer de experiencia directa y por no haber sido iniciados necesariamente en los misterios de la naturaleza escondida, la carencia referida puede obrar en detrimento de la perfección de la técnica. Sin embargo, en estos casos de individuos afectados a estas prácticas de guía o conducción moral, el desarrollo de la intuición, de la capacidad perceptiva se da por efecto de la calidad del trabajo que realizan. En el esfuerzo por acompañar compasivamente al viajero espacial, ellos mismos desarrollan facultades hasta ese entonces dormidas, especialmente la facultad de la percatación y de la inspiración más explícita. De

hecho en cada especialidad solidaria o de ayuda ocurre algo semejante: en la medida que el amor y la compasión sean ingredientes específicos de las mismas, el práctico amplía su capacidad perceptiva e intuitiva, su inspiración, a grados insospechados. Desde este punto de vista, en última instancia es el amor el guía del babalawo moderno, la actitud de servicio, el objetivo solidario y compasivo.

Las excelencias de los efectos de los trabajos hechos con desprendimiento, olvido de uno mismo y compasión, son magníficas. Este es por el momento el sello seguro de éxito, la garantía de que el trabajo de guiar u orientar moral y afectivamente a las almas de los pasajeros en el espacio tiempo, habrá de funcionar eficazmente.

De todas formas la investigación en los tratados espirituales sobre la vida y la muerte es y será siempre una necesidad tan importante como el resto de los adiestramientos y aprendizajes que necesariamente deba tomar.

Hemos visto cómo el sacerdote de Orunmila sorteaba los sellos elementales que custodian la dimensión contigua y eventualmente hemos sugerido que la más completa pureza de vida y la consagración al ideal más elevado hacían del teúrgo un alma libre con plena disponibilidad para acceder a las distintas esferas de la realidad manifestada.

Lo que cuenta es reforzar la vieja noción, cada vez más incidente, de la existencia de guardianes en el umbral, de criaturas psíquicas afectadas a bloquear la intrusión, la intromisión inescrupulosa de cualquier aventurero que busque un palmo de expansión perceptiva y de poder para su solo provecho. La curiosidad y la ramplona aventura no cuentan en los reinos sutiles, ni siquiera en la dimensión astral, tan contaminada y afectada por la calidad de la vida de deseos y el psiquismo colectivo. Los guardianes en el umbral pueden ser reemplazados por íncubos y súcubos cuando el intruso tiene una efervescente vida sexual, cuando las pasiones y los excesos carnales ensucian el aura del individuo en cuestión. Las consiguientes

obsesiones y los cuadros delirantes son secuelas naturales del bloqueo antes aludido y de la forma en que la mente personal enfrenta esas escenas dantescas o desafiantes.

Los neuropsiquiátricos, las clínicas en las cuales se da atención a los perturbados, a los delirantes, se encuentran ocasionalmente habitadas por psíquicos espontáneos así como por manipuladores de las fuerzas de la naturaleza con una descartable vida moral. La locura, la completa insania, son secuelas previsibles en las vidas de los hurgadores del basurero astral, del llamado bajo astral, que no se han desprendido de sus vicios y del desenfreno y profundo egoísmo que los caracteriza.

Nunca un brujo comarcal puede ser considerado un babalawo, más que una gran variedad de cultos espiritistas de origen arcaico pretendan servir de mediadores y puentes hábiles a esos efectos. La naturaleza de las materializaciones y canalizaciones suele ser algo por completo espurio en lo cual el médium no

interviene conscientemente, es un receptor pasivo y fácilmente manejable. Las afecciones que la mediumnidad puede traer aparejadas para el incauto operador psíquico son muy diversas. Lo que la enseñanza sapiencial encomia es el actuar con absoluta moderación y en la medida de lo posible a plena conciencia, en cualquier circunstancia o emplazamiento donde tenga lugar alguna forma de curso invocativo o de sesión.

No perder jamás la conciencia ni permitir que otras personas afecten nuestra naturaleza áurica, nos manipulen o manejen ni física ni verbalmente, excepto lógicamente en las ceremonias más sagradas. Estas insinuaciones, estas sugerencias deben ser tomadas muy en serio por los curiosos que ambulan de un antro a otro a la búsqueda de fenómenos que sacien su incontenible y en ocasiones morbosa curiosidad. Nadie debería confiar su propia estructura psíquica a otras personas en el curso de estos cuadros culturales.

Esta es una advertencia muy importante. Es necesario reflexionar sobre todo esto, sobre las implicaciones de perder, parcial o completamente la conciencia, en el marco de actividades de orden pseudo místicas.

Incluso los babalawos en el sueño pueden ser acosados por semejantes guardianes en el umbral, como se dijo y en todos los casos dependiendo de la calidad de la vida moral y mental que tengan. Eventualmente debido a experiencias ocurridas en existencias anteriores, estos shamanes modernos, habrán de vérselas con las fuerzas recelosas que custodian el umbral entre los mundos. Ante semejante circunstancia la Tradición encomia suspender las prácticas hasta tanto se consiga adecuar, armonizar el mundo emocional y mental, por medio del instrumento poderoso de la práctica de Ifá, eventualmente de la plegaria expresada con los arpegios del corazón. En la medida que nuestra vida de un vuelco, el hostigamiento de las entidades astrales cesará, o al menos se atenuará hasta niveles ciertamente tolerables.

Estas advertencias son de recibo, absolutamente, puesto que existe una tendencia muy marcada a lanzarse a practicar cualquier cosa de la forma más descuidada e incauta, sin medir las consecuencias de sus actos ni conocer justamente lo desafiante de la situación.

Los propios babalawos con su actividad mística se transformaban en alguna medida en custodios noveles y superiores del umbral. La existencia de las arcaicas Escuelas de Misterio y la Ciencia de los Bosques Sagrados, la ciencia secreta, aseguraban que los intrusos, que los curiosos y usurpadores jamás habrían de ingresar a las dimensiones interiores de la naturaleza, sin perder una porción vital de su integridad. *El babalawo es el natural custodio de la vida en los reinos del alma, de allí su importancia cenital y la superioridad de su servicio, servicio que ha sufrido y sufrirá variaciones de todo tipo a lo largo del tiempo, sin perder nunca su contenido inmensamente ético y sapiencial.*

Las nuevas generaciones de estudiantes deberíamos tener en cuenta la pureza de vida y propósito de los awos y babalawos del pasado, antes de hacer ningún movimiento de riesgo en el tablero de fuerzas mundiales espirituales.

En las vísperas de cada nacimiento, el alma humana “renace” también en la esfera espiritual, es informada por los Olodumare sobre el mapa de la vida que tiene por delante en el mundo.

Eventualmente y solo cuando se trata de un iniciado, escoge las condiciones existenciales y luego ingresa por la línea de menor resistencia, en conexión con las fuerzas espirituales ocupadas de construir sus cuerpos o vehículos de expresión y, sobre todo, con el ángel de la guarda u orisha tutelar que vigila y resulta la inspiración de cada encarnación.

Hacia el final del tiempo cronológico previsto para la actividad en el mundo material, la persona humana ante la luminosa esfera de su alma pasa revista a las acciones de la vida transcurrida de una forma acelerada, instantánea, para que el ser interno valore las asignaturas pendientes, lo que estaba previsto (obligación de vida) y que no fuera cumplido o llevado a cabo. Esto a fin de procesar completamente, desde antes del nacimiento hasta la muerte física, el programa

completo para la existencia material y las luces y sombras del mismo, la necesidad de perfeccionar y completar lo que hubiera quedado incompleto, imperfecto o trunco, siempre espiritual y karmikamente hablando.

Este evento íntimo ha sido presentado por la fe religiosa como el Juicio Final, la instancia crucial en la cual ante el tribunal de la conciencia divina la propia alma repasa las hazañas y desarreglos llevados a cabo por la personalidad humana que ha tenido adscripta en la última encarnación, afirmándose con ello en su plan general de perfeccionamiento y puesta en actividad de las facultades y poderes trascendentales que la habrán de magnificar, mediante el proceso iniciático, y trasladar hasta el umbral más amplio y elevado, el mismo umbral de la inmanente divinidad.

En toda esta travesía el asistente subjetivo, el alter ego, es el ángel de la guarda de la tradición cristiana, el orisha tutelar. De alguna forma este vigilante silencioso obra de facilitador de toda la travesía, de toda la serie de viajes hacia y por fuera del mundo material. Resulta asaz arduo identificar esta fuerza con la vía de la espiritualidad yoruba, pero al menos se da cuenta aquí de este fasto extraordinario para subrayar que en ningún momento el alma humana se encuentra sola o aislada de los principios y poderes espirituales.

Por último cabe valorar que todo el pensamiento y las actividades más nobles que emprenda un alma humana en el mundo, significan un avance cierto y decidido hacia la apertura de las puertas de la percepción, hacia el trascendente cruce del puente y la reparadora experiencia de la metabolización espiritual, en la esfera de los efectos perdurables generados por impulsos de orden elevado, sublimes y transpersonales. Esta es la ley oculta y al mismo tiempo la más noble ley moral del Ifismo, y de la tradición que Olodumare nos da a los Sacerdotes de Ifá, y a todos los miembros de la tradición yoruba.

En este transitar por el camino de la Verdad y de la Justicia, debemos ser adalides de una nueva espiritualidad que no esta estancada, y que avanza a grandes pasos por un Universo que trasciende y que evoluciona constantemente; esta es la enseñanza de Orunmila, como Eleri Ipin Ode, primer testigo continuo de nuestro evolucionar en este mundo de tránsito.



COLECCIÓN

ILE OBA FUN FUN

AWO ORUNMILA
IFASHE AWOEGBEMI

Hablar de Orunmila, es transitar por los senderos del conocimiento y de los secretos.

Poderosas técnicas ancestrales, que se mantienen en sus poemarios, en sus rezos, y en sus tradiciones.

Hay muchos libros, magníficos, con grandes reseñas rituales, pero en este estudio quiero tratar su filosofía más primitiva, la línea mas singular, y atractiva de su historia, que tal vez sirva para indagar en sus orígenes.

ISBN 978-0-244-25005-8



9 780244 250058



90000